



de corazón de que carece Voltaire, han hecho notar cuánta fué la sabiduría dada por Dios al hombre inocente, aun en las cosas naturales; pues supo apropiarse á cada especie de animales un nombre, el cual en su constitución y forma presentaba como la expresión de la naturaleza de ellos, siendo esto, añaden, muy propio de aquella lengua primitiva que hablaron los primeros hombres, la cual, en cierto sentido, podría llamarse natural. Sea de esto lo que fuere, así como en estas prudentes conjeturas de nuestros sábios admiramos una luz é inteligencia superior á las insulsas chanzonetas del impío, así no nos vemos forzados á suscribir de lleno á los votos, aunque fundados, de aquellos doctores.»

## XVII

SOBRE EL VERS. 21 HASTA EL 23 DEL CAP. II

21 *Immisit ergo Dominus Deus soporem in Adam; cumque obdormisset, tulit unam de costis ejus, et replevit carnem pro ea.*

22 *Et edificavit Dominus Deus costam, quam tulit de Adam, in mulierem: et adduxit eam ad Adam.*

23 *Dixitque Adam: Hoc nunc, os ex ossibus meis, et caro de carne mea: hæc vocabitur Virago, quoniam de viro sumpta est.*

21 Por tanto, el Señor Dios hizo caer en Adam un profundo sueño; y habiéndose dormido, tomó una de sus costillas, é hinchó carne en su lugar.

22 Y formó el Señor Dios la costilla que había tomado de Adam, en mujer, y llevóla á Adam.

23 Y dijo Adam: Esto ahora, hueso de mis huesos, y carne de mi carne: está será llamada Varona, porque del varón fué tomada.

La manera como el Génesis refiere la formación de la mujer, ha dado pie á los impíos para sus insulsas burlas. «Vemos con un poco de sorpresa que Dios, después de haber hecho al hombre y á la mujer, sacó luego á la mujer de la costilla del hombre.» Así habla el jefe de los incrédulos en su *Hombre de bien disputando contra uno de esos lanillas, que se llaman calnyeres.*

La causa de la inconsecuencia que parece haber en la narración de Moisés, podría atribuirse: 1.º, á las memorias antiguas que el sagrado autor consultaría, escritas antes de él, y conservadas con gran cuidado hasta su tiempo, las cuales, por razones que no es extraño

ignoremos después de tantos siglos, querría él juntar unas con otras mejor que refundirlas de nuevo; 2.º, es mucho más probable que aquí no hay inconsecuencia alguna. ¿Quién ignora que al escribir una historia hay necesidad á veces de anunciar por mayor ó sumariamente un hecho, el cual luego se repite para referirlo más circunstanciado? No sólo los sagrados historiadores, sino también los profanos de más mérito, nos ofrecen ejemplos de esto. Eso es lo que aquí hace Moisés. Después de referir sumariamente la creación del hombre y de la mujer en la obra de los seis días, vuelve á este importante objeto, describiéndole circunstanciadamente, expresa todo su pormenor, es decir, cómo había recibido alma y cuerpo, cómo la mujer había sido formada de sus costillas, etc.

«Mas, añade el crítico, sería difícil explicar cómo se le arrancó á Adam una costilla sin que lo sintiese.» Al oír á este ratiocinador insulso, ¿no diríamos que la omnipotencia de Dios se vió en la necesidad de hacer un esfuerzo violento para sacar del costado de Adam el hueso de que formó á Eva, ó que el soberano autor de las sensaciones, que resultan de la unión del alma con el cuerpo, á quien anima, no pudo suspender el efecto de esta unión íntima entre ambas sustancias?

Pregunta finalmente: «¿Esta es una alegoría, ó en realidad quitó Dios á Adam la costilla para hacer de ella una mujer?»

Le respondemos que no hallamos dificultad en que Dios, durante el profundo sueño que hizo caer sobre Adam, tomase una de sus costillas, y formase de ella á la mujer; el que supo formar al hombre del barro y á todas las cosas de la nada, pudo muy bien hacerlo así. Su sabiduría escogió probablemente este medio para que, conocido el origen del sexo más flaco, entienda el hombre la estrecha unión que debe tener con su esposa, y esta y él los sentimientos de respeto, amor y concordia con que deben tratarse. El lugar de donde se tomó lo que sirvió para formar la mujer, es muy propio para significar la igualdad de ambos consortes, y condenar la injusticia de los varones que á sus mujeres no las tratan sino como á esclavas. San Romualdo dice, que si la mujer hubiera si-



do tomada de la cabeza, podría con esta circunstancia indicarse que era superior al hombre; y si de otra parte baja, su inferioridad; mas habiendo sido tomada de un punto medio, se expresa maravillosamente la igualdad de ambos: Adam sin duda no ignoró esta obra de la sabiduría del Criador, puesto que al ver á la mujer exclamó: *este es hueso de mis huesos, y carne de mi carne.*

Pero aun cuando esta narración no fuese más que una alegoría (que no hay por qué decidir estas cuestiones cuando tratamos con tales enemigos), no por eso sería menos instructiva. El mismo Voltaire se ha visto en la precisión de confesar de que sería ella una hermosa y patética lección de la inalterable concordia que debe reinar en los matrimonios, y de que los corazones de los esposos deben estar unidos como sus cuerpos. Si la alegoría sola le parece tan instructiva, ¿con qué razón impugna la realidad, que sin duda es más enérgica? Y por fin, semejante alegoría valdría por lo ménos tanto como la de Platon, que le ha parecido tan admirable; por la cual describe aquel filósofo al hombre como *andrógino* en su principio, es decir, varón y hembra en uno; y separado luego por la divinidad en dos partes, que se inclinan recíprocamente á unirse. Tomó esta idea de las tradiciones antiguas, ó más bien de los judíos, con quienes pudo comunicar en su viaje á Egipto, los cuales le habrían de cómo Dios había formado á la mujer de la costilla del hombre; y de esta idea á la de su *andrógino*, ya no hay más que un paso, y el le dió.

## XVIII

SOBRE EL VERS. 25 DEL CAP. II

25 *Erat autem uterque nudus, Adam scilicet et uxor ejus: et non erubescerant.*

25 Y estaban ambos desnudos, á saber es, Adam y su mujer: y no se avergonzaban.

Segun Voltaire, «se hallan muchas poblaciones que no usan vestidos; y es muy probable que el frío fuese quien los hizo inventar. Si todo el mundo estuviese desnudo, nadie se avergonzaria de ello.» Callamos un obscenísimo rasgo, que sin la menor vergüenza pone el crítico impudente, y nos contentamos con de-

safiarle á él y á sus partidarios á que nos prueben dónde existe en toda la tierra una población enteramente desnuda. Y aun cuando la hubiese, el ejemplo de algunos individuos errantes, y muy parecidos á los brutos, ni tendría fuerza ni consecuencia contra los sentimientos de pudor que generalmente inclinan á todos los hombres á cubrir ciertas partes de sus cuerpos. Y una prueba de que el frío no ha sido la causa única que los movió á usar del vestido, la tenemos en los pueblos á quienes un clima abrasador obliga á conservar desnudo todo el cuerpo, á excepcion de lo que la decencia pide que no se descubra, de lo cual cuidan mucho, sin permitir jamás su desnudez.

## XIX

SOBRE EL VERS. 1 HASTA EL 5 DEL CAP. III

1 *Sed et serpens erat callidior cunctis animantibus terre, quæ fecerat Dominus Deus. Quid dixit ad mulierem: Cur præcepit vobis Deus, ut non comederitis de omni ligno Paradisi?*

2 *Cui respondit mulier: De fructu lignorum, quæ sunt in Paradiso, vescimur:*

3 *De fructu vero ligni, quod est in medio Paradisi, præcepit nobis Deus ne comederemus: et ne tangeremus illud, ne forte moriamur.*

4 *Dixit autem serpens ad mulierem: Nequaquam morte moriemini.*

5 *Scit enim Deus, quod in quocumque die comederitis ex eo, aperientur oculi vestri: et eritis sicut dii, scientes bonum et malum.*

1 Pero la serpiente era más astuta que todos los animales de la tierra que había hecho el Señor Dios. La cual dijo á la mujer: ¿Por qué os mandó Dios que no comiéseis de todo árbol del Paraíso?

2 A la cual respondió la mujer: De la fruta de los árboles que hay en el Paraíso, comemos:

3 Mas de la fruta del árbol que está en medio del Paraíso, nos mandó Dios que no comiéramos, y que no lo tocáramos, porque no muramos.

4 Y dijo la serpiente á la mujer: De ninguna manera moriréis.

5 Porque sabe Dios, que en cualquier día que comiéreis de él, serán abiertos vuestros ojos: y seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal.

La serpiente que habló á Eva y la sedujo, es para los incrédulos una cosa la más absurda. Entre los mismos intérpretes no han faltado quienes sobre este punto abrazasen ideas muy extrañas. Algunos de ellos, como Filon entre los judíos y Orígenes entre los cristianos, han mirado esta narración como una pura alegoría; otros, con Cayetano, se han limitado





á tomarla en un sentido metafórico. Abrazando el común sentir de los teólogos, decimos que el tentador habló á Eva bajo la figura de una serpiente, ó se sirvió de una serpiente verdadera como de un instrumento para enganarla.

El feliz estado de nuestros primeros padres provocó la envidia del príncipe de todos los esclavos de esta pasión, el demonio. Este espíritu rebelde y orgulloso, desesperado por su caída y deseo de vengarse de Dios con la destrucción de su obra, no pudo sufrir que Adam y Eva se mantuviesen más fieles á Dios en el Paraíso terrenal, que lo había sido él mismo en el cielo. Hízole esto tomar el horrendo designio de ponerles lazos para hacerlos caer en la prevaricación, y con ella en la miseria más espantosa. Demasiado bien le salió su funesto designio. *Por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo. Esta serpiente antigua, como la llama el Apocalipsis, ha sido un homicida desde el principio,* según la expresión de Jesucristo en el Evangelio.

Ahora bien: ¿qué hay de inconcebible y absurdo en que este espíritu rebelde, precipitado del cielo por su orgullo, despojado de sus prerrogativas, enfurecido en odio de Dios y en celos contra el hombre criado á la divina semejanza, no excusase cosa alguna de cuantas su malicia pudiese sugerirle para arrastrar al hombre á la desobediencia y asociarle á su desgracia? ¿Que para salir con esta detestable empresa se sirviese de la serpiente como de instrumento y órgano, y que Dios por un justo juicio suyo, muy superior á nuestros alcances, no desvaneciese y trastornase los designios del tentador envidioso, ni contuviese su malicia, ni confundiese sus artificios?

La Escritura parece insinuar la razón por qué el demonio escogió más bien la serpiente que otro animal, cuando dice que era el más astuto de todos ellos, esto es, el que se insinuaba con más artificio y engaño. Parece también que la serpiente, antes del pecado del hombre, tenía algo de atractivo y amable que le inclinaba hácia ella, y que le era la criatura más familiar de todas, puesto que cuando dijo Dios que *pondría enemistades* entre ella y la

mujer, y entre las descendencias de entrambas, parece suponer que *antes* había alguna especie de armonía. Por otra parte, la serpiente de que se sirvió el demonio no era de la especie ordinaria, sino tal vez de las que se conocen en la Arabia y Egipto, brillantes y aladas; su color es vivo, y reflectando en ellas cuando vuelan los rayos del sol, producen una vista admirable. Si la serpiente de que se sirvió el tentador fué de esta especie ó de otra más hermosa, sin duda era muy á propósito para la ejecución de su designio.

Es también muy verosímil que cuando los Angeles se empleaban en obsequio de Adam y Eva, acostumbraban tomar semejantes formas, unos las de Querubines y otros las de Serafines. La palabra *seraphim* significa *enendidos, flamantes*. Con esta semejanza representaban los israelitas á los espíritus celestiales. Pudo por lo mismo el demonio tomar el cuerpo de estas serpientes, añadiendo quizá algun grado de belleza muy singular para que Eva le tuviese por uno de los Angeles que estaba acostumbrada á ver; pues no es probable que fuese ella, ó tan simple ó tan ignorante, que creyese que las bestias hablaban; ni es creíble que la hubiese podido engañar el enemigo, si la serpiente no le hubiera parecido por su hermosura un ministro celestial, el cual en un principio no tenía aún por qué mirar con desconfianza. No podemos ménos de inferirlo así, reflexionando el aire artificioso de las palabras del seductor. ¿Por qué, dice á la mujer, *os ha mandado Dios que no comáis del fruto de todos los árboles?* Al oír estas palabras tan injuriosas al Criador, pues contenían una acusación disimulada de la prohibición que les había hecho, debía turbarse Eva, y en efecto se hubiera turbado, si el amor de Dios se mantuviera lleno en su corazón, y no hubiese ella perdido ya parte del profundo respeto que debía á todas las órdenes de su Señor.

Mas Eva, por el contrario, escucha tranquilamente esta insolente pregunta, como si fuese permitido á ninguna criatura pedir á Dios cuenta y razón de sus leyes. Conversa con el demonio, que por el mismo hecho debiera serle sospechosísimo, y con esto se pone en la



ocasion de ofender á Dios y perderse. *De la fruta, dice ella, de los árboles que hay en el Paraíso, comemos: mas de la fruta del árbol que está en medio del Paraíso, nos mandó Dios que no comiéramos, y que no lo tocáramos, porque no muramos.* ¿No se advierte ya en estas palabras el enflaquecimiento de su fe? Dios aseguró que morirían, y ella lo dice con cierta duda. Así injuria la sinceridad de las amenazas de Dios y la verdad de su palabra. Tiene, por consiguiente, el enemigo abierta la puerta á la seducción. *De ninguna manera moriréis,* le contesta con el mayor atrevimiento; *porque sabe Dios, que en cualquier día que comiereis de él, serán abiertos vuestros ojos: y seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal.* ¡Palabras impías con que osó desmentir al mismo Dios y acusarle como de un sér vilmente celoso, al paso que trató de inspirar á la infeliz mujer la falsa esperanza de que por su desobediencia se haría independiente del Criador y semejante á él! Eva escuchó estas palabras del demonio, y escuchándolas se hizo cómplice de sus impiedades y blasfemias. ¿No bastaba esto sólo para hacerla sumamente criminal, aun cuando no hubiese pasado adelante su prevaricación? Pero esto no fué más que su preludio y el de su desgracia. Eva mira á la fruta que le estaba prohibida, agrádale, y come de ella. Presentasela á su marido, y no contenta con rebelarse contra Dios y perderse, empeña también en lo uno y en lo otro á Adam, para envolverle en su ruina.

¿Qué es lo que Adam debiera entonces hacer? Como cabeza de su mujer, y que había recibido una luz y fuerza más abundante, obligado también á responder de ella como de un depósito que le había sido confiado, ¿no debiera haberla sostenido y levantado después de su caída? ¿cuánto celo no debiera haber mostrado en esta ocasión? ¿qué dolor y qué indignación no debiera inspirarle su culpa? ¿con qué decisión y firmeza no debiera responderle? Pero ¡deplorable condescendencia! más teme contristar á su mujer que ofender á Dios. Caído ya en su corazón por un orgullo secreto, aumenta su mal con la caída exterior, quebrantando el mandamiento divino, tomando y comiendo de

la fruta que su mujer le presenta. Olvidase de la majestad de Dios, de los beneficios que le debe y de las grandes obligaciones por donde á toda costa debiera guardarle fidelidad; y no solamente no ayuda al levantamiento de Eva, sino que se hace compañero de su caída.

Tal fué el pecado de nuestros primeros padres; pecado inefablemente grave y tan enorme, que ningun espíritu criado puede formar ni dar una justa idea de él, según la expresión de San Agustín: *Ruina ineffabilis: ineffabiliter grande peccatum.* Pecado que encierra en sí infinitos pecados, y es el origen de cuantos se han cometido en el mundo. Pecado no solamente de orgullo, sino de un orgullo el más insolente, por el cual el hombre, no contento con el grado de honor á que Dios le tenía elevado, quiso, á lo ménos por la independencia, igualarse al mismo Dios. Por este mismo respecto encierra el más odioso atentado de la criatura contra el Criador, de cuya dichosa é indispensable dependencia quiere separarse. Compréndese también en él la infidelidad y traición más inicua del súbdito contra su Señor, y la horrible preferencia que sobre el mismo Dios da al demonio. Juntamente se halla en él la curiosidad más criminal, la sensualidad más rastrera, la más negra ingratitud por parte de una criatura á quien Dios había colmado de tantos beneficios. Impío sacrilegio, por el cual extiende el hombre su mano á un fruto, que por la prohibición de su Señor debiera mirar como sagrado. No sólo hay aquí un verdadero robo, pues no tenía el prevaricador derecho alguno á él, sino que en cierta manera hay un adulterio por la profanación que hace de su corazón y de su cuerpo, y porque viola la alianza contraída con Dios. Contiénese asimismo un homicidio, y el mayor de todos, como que por este pecado no se mató á sí solamente, sino también á innumerable multitud de hombres que en lo sucesivo habían de proceder de él. Pecado, finalmente, que le hubiera hecho perecer sin recurso, si Dios no hubiese arrojado sobre él una mirada de misericordia, y si su infinita sabiduría no hubiese trazado el medio para que saliese de un estado tan deplorable.





No bien hubieron pecado Adam y Eva, cuando se les abrieron los ojos y reconocieron su desnudez, que se les hizo vergonzosa desde que se despojaron de la justicia. Avergonzaronse de ella, pues el pecado había desfigurado la obra de Dios, por lo cual, echando mano de unas hojas, cubrieron con estas lo que les causaba rubor. Hicieronlo así, no para precaverse de la injuria del aire y de los tiempos, sino para defenderse de sí mismos y de su propia vista. Sienten, dice un célebre expositor siguiendo á San Agustín, que han sido despojados de una vestidura preciosa, pero invisible; que la pureza y la inocencia han abandonado la obra de Dios, y que es preciso ocultar su imagen desfigurada; que ya no hay arbitrio para dejar sin velo este cuadro, al cual el demonio cubrió de suciedad, y donde apenas se reconoce la mano de su autor. Entonces conocieron cuál gracia los adornaba antes, cuando aún no sentían en su desnudez cosa que fuese contraria á la decencia. La rebelion de la carne contra el espíritu, fué consiguientemente un justo castigo y un monumento deplorable de la rebelion del espíritu contra Dios. Todo está en desórden, así en el alma como en el cuerpo del primer hombre; en su entendimiento se derramaron espesísimas tinieblas; desconcertóse su voluntad; las pasiones sucedieron á la razon y justicia; todas las inclinaciones se corrompieron y convirtieron al mal; la libertad, combatida por aquellas, ya no conservó su antigua fuerza para resistirlas; y condenado el hombre á la muerte por justo castigo del pecado, pierde cometiéndole ambas vidas, la del alma cayendo de la justicia y enagenándose de Dios, que es su verdadera vida, y la del cuerpo quedando desde entonces sujeto á la mortalidad y á las enfermedades y dolencias, triste patrimonio suyo y preludio y preparativo continuo de la muerte.

En vano la ceguera que á nuestros primeros padres causó su pecado, les hizo buscar excusas con que cubrirle. Dios no deja de castigarle en el hombre y en la mujer que le habían cometido, y en la serpiente que había servido de instrumento para la tentacion. A la serpiente la dice: *Maldita eres entre todos los*

*animales y bestias de la tierra; sobre tu pecho andarás, y tierra comerás todos los días de tu vida. Y á la mujer: Multiplicaré tus dolores y tus preñeces; con dolor parirás los hijos, y estarás bajo la potestad de tu marido, y él tendrá dominio sobre ti. Y dijo luego al hombre: Por cuanto oíste la voz de tu mujer, y comiste del árbol, de que te había mandado que no comieras, maldita será la tierra en tu obra; con afanes comerás de ella todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás la yerba de la tierra. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas á la tierra, de la que fuiste tomado; porque polvo eres, y en polvo te convertirás.*

Luego que fulminó Dios esta sentencia contra nuestros primeros padres, ya no le quedó consuelo á Adam sino en la promesa que el mismo Señor le hizo de un Salvador que nacería de la mujer y quebrantaría un día la cabeza de la serpiente, es decir, destruiría el poder del demonio que se había servido de ella. Y apenas aquella sentencia se pronunció, acompañada de esta promesa consoladora, Adam fué arrojado ignominiosamente del Paraíso de deleites con la compañera de su pecado. Quedaron privados para siempre, no sólo de vivir en aquel delicioso lugar, sino tambien de comer el fruto del árbol de la vida. Puso Dios un Querubín, ó tal vez más de uno, que con espada de fuego en mano impidiese la entrada de aquel lugar; y ellos con sus descendientes quedaron desterrados á tierra extraña, que no produce para el hombre pecador más que espinos y abrojos, sin darle los preciosos frutos de su seno sino en cuanto recibe el riego de sus lágrimas y sudores.

Tal es la historia de la caída de los primeros hombres, segun la refiere Moisés en el capítulo III del Génesis, y este es el funesto origen del pecado que inficionó la raiz del humano linaje, extendiendo desde entonces su tala y desolacion á todos los pueblos y á todos los siglos. Nos consta que la razon de los incrédulos se enfurece contra esta narracion, y que trata de cuento ridículo la depravacion del linaje humano. Han multiplicado sus objeciones contra el hecho en general y contra las circunstancias



de él, que refiere Moisés en particular. Por de contado, establecen principios que en su opinion minan por los cimientos la verdad de esta historia. Han llegado á decir que la caída del primer hombre es imposible; que el Sér inmenso no puede ser ofendido por las criaturas que son finitas y limitadas; que el dogma del pecado original es inconcebible con la justicia de Dios, y más aún con su bondad; que un Dios infinitamente bueno no podía permitir el mal, ni ser causa de él; que la depravacion original del humano linaje no es más que una fábula, una quimera; que aun cuando la caída de Adam fuese cierta, serian inculpables sus descendientes, y no deberian sufrir la pena de aquel pecado; que una falta tan ligera en sí misma jamás debería ser castigada de un modo tan terrible. A estas objeciones generales sobre la caída de Adam y sobre el dogma del pecado original, añaden los incrédulos otras particulares contra la narracion y sus circunstancias, segun las refiere Moisés al hablar de este funesto acaecimiento. Se han mofado friamente sobre la serpiente que habló y sedujo á Eva; sobre lo que se dice de haberse paseado Dios por el jardín, y haber cubierto la desnudez de los primeros padres; sobre el vestido que con sus propias manos les hizo; sobre la sentencia que pronunció contra ellos; finalmente, sobre el Querubín colocado á la puerta del Paraíso para impedir la entrada del hombre, etc. A los falsos principios de los impíos opondremos verdades luminosas, y refutaremos luego una por una sus frívolas y pueriles objeciones contra la narracion del historiador sagrado.

Los filósofos incrédulos que sientan que *no puede ofender á Dios una criatura tan vil como el hombre*, litigan sobre el equívoco de una palabra. Es cierto que el hombre no puede alterar la soberana dicha de Dios ni su inmutabilidad, pero puede hacer lo que Dios le prohíbe, despreciar sus amenazas, merecer sus castigos. Esto y no otra cosa es lo que en las Escrituras se llama *ofender á Dios*, desagradarle, provocar sus iras, ser su enemigo.

La conducta de Dios para con los hombres no podemos expresarla sino con las palabras con que significamos la de los hombres mismos.

«Fué necesario, decia Tertul., servirnos del lenguaje de los hombres para dar á conocer á nuestra debilidad las grandezas de la Majestad Suprema. Si esto parece indigno de Dios, á lo ménos le es necesario al hombre; y nada hay tan digno de Dios como la instruccion y salud de sus criaturas.» Cuando el Omnipotente dió el ser á las criaturas racionales, no fué porque necesitase de ellas, ó porque pudieran servirle de algun provecho, sino porque quiso hacerles bien sin que hubiese una á quien no se les dispensase; quiso que su felicidad pendiese de su virtud y obediencia, y no del crimen y de la rebelion. Quejarse de esta tan sabia conducta, ¿no es por cierto contrario á toda razon? Querrian los incrédulos que Dios nos concediera la felicidad absolutamente, sin condicion alguna y sin exigir nada de nuestra parte; mas Dios no ha tenido á bien darles gusto en ello, y con gran razon, y con inefable y justísima sabiduría nos ha impuesto leyes. Si nos hubiera prescrito lo que debemos hacer sin proponernos premios ni castigos, diéranos en este caso, no leyes, sino lecciones ó consejos. Si nos hubiera quitado el poder de quebrantarlas, la virtud y los méritos que son consiguientes á ella perdieran su ser, puesto que la virtud consiste en someter á la ley nuestra voluntad y acciones, y cuando queremos más bien quebrantarla que cumplirla, autorizamos al legislador para que nos castigue, en cuyo sentido decimos que *le ofendemos*. La palabra *ofender*, que á la letra significa *tropezar, oponerse, hacer frente*, etc., es ya metafórica con respecto al legislador humano, luego mucho más con respecto al legislador divino.

Dicen tambien los incrédulos que el dogma del pecado original no puede conciliarse con la justicia de Dios, y aún ménos con su bondad; y que un Sér infinitamente bueno no puede permitirle ni ser causa de él.

Antes de contestar directamente á estas objeciones, conviene distinguir el sentido equívoco de la palabra *permitir*, de la cual tantas veces han abusado los incrédulos, y dar exactas nociones de la *bondad y justicia* de Dios. *Permitir* significa á veces *consentir, no prohibir, no desaprobado*; en este sentido llamamos